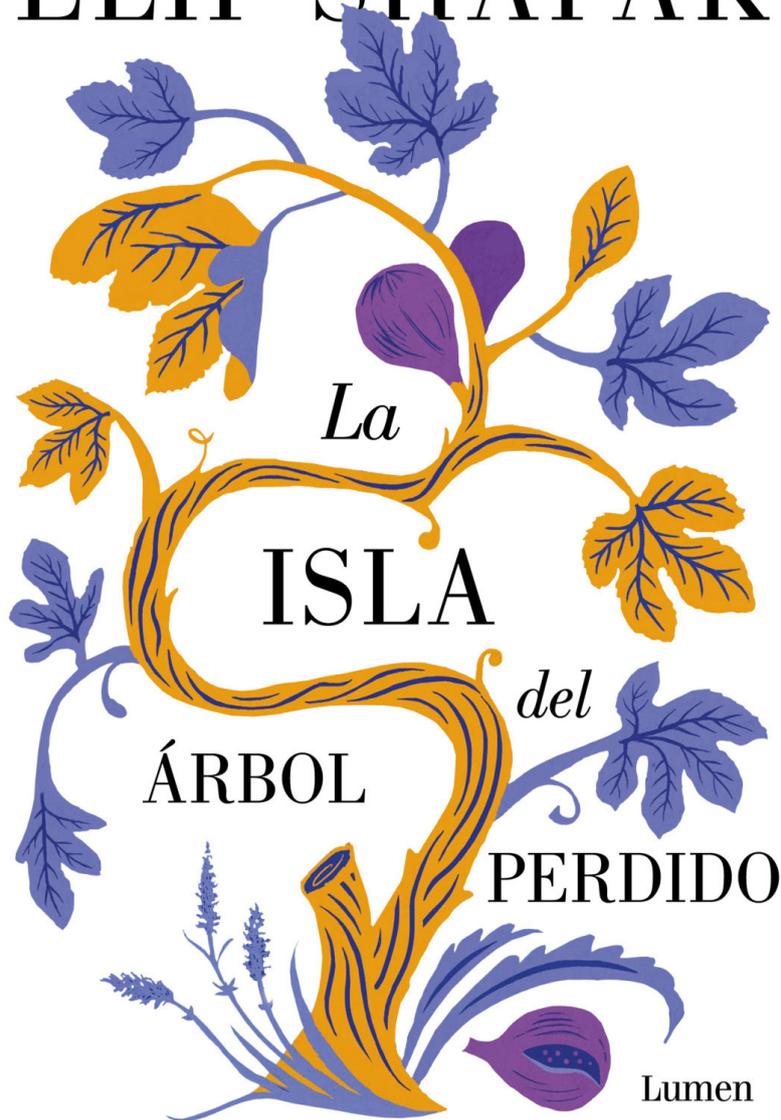




Guía de lectura

ELIF SHAFAK



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

En un convulso 1974, mientras el ejército turco ocupa el norte de Chipre, Kostas, un griego cristiano, y Defne, una turca musulmana, se reúnen en secreto bajo las vigas ennegrecidas de la taberna La Higuera Feliz, donde cuelgan ristras de ajos, cebollas y pimientos. Allí, lejos del fragor de la guerra, crece a través de una cavidad en el techo una higuera, testigo del amor de los dos jóvenes, pero también de sus desencuentros, de la destrucción de Nicosia y de la trágica separación de los amantes. Décadas más tarde, en el norte de Londres, Ada Kazantzakis acaba de perder a su madre. A sus dieciséis años, nunca ha visitado la isla en la que nacieron sus padres y está desesperada por desenredar años de secretos, división y silencio. La única conexión que tiene con la tierra de sus antepasados es un *Ficus carica* que crece en el jardín de su casa.

La isla del árbol perdido es una historia llena de magia sobre la pertenencia y la identidad, el amor y el dolor, y la

asombrosa capacidad de regeneración a través de la memoria.

En *La isla del árbol perdido*, Elif Shafak traza magistralmente la historia más reciente de Chipre, un país roto por la pérdida de la identidad y un pasado colonial que intenta recomponerse. Kostas y Defne Kazantzakis tienen apenas diecisiete y dieciocho años, respectivamente, y se enamoran en un Chipre de 1974 dividido por la religión. Él es griego y cristiano, ella es turca y musulmana. Sus vidas están destinadas a romperse por la fuerza de la historia y la violencia de los hombres. Shafak se sirve de tres periodos de tiempo distintos para contar la historia de esta pareja: Chipre en 1974, Chipre en el 2000 y Londres en 2010.

«Las leyendas», escribe Shafak, «existen para contarnos lo que la historia ha olvidado». Y eso es justo lo que la escritora intenta hacer, recordarnos la historia a través de un relato de una potencia y escritura mágicas.

«La línea que desgarraba Chipre de una punta a la otra, una zona neutral por la que patrullaban las tropas de las Naciones Unidas, medía unos ciento ochenta kilómetros de largo y tenía unos seis de ancho en algunos puntos, mientras que en otros solo unos cuantos metros. Atravesaba todo tipo de paisajes —pueblos abandonados, costas remotas, humedales, tierras en barbecho, pinares, llanuras fértiles, minas de cobre y yacimientos arqueológicos—, serpenteando a lo largo de su curso como si fuese el fantasma de algún antiguo río. Pero era allí, a través y alrededor de la capital, donde se hacía más visible, tangible y, por lo tanto, inquietante.

Nicosia, la única capital dividida del mundo».

En aquella ciudad partida en dos, los jóvenes enamorados se encuentran en la parte trasera de La Higuera Feliz, una taberna regentada por Yusuf y Yiorgos y con una higuera que crece desde las profundas raíces de la tierra hasta más allá del tejado inundando el local con sus ramas y sus frutos. Kostal y Defne saben que su amor no será aceptado por sus familias. Cuando la madre de él se entera, justo cuando la violencia estalla en la ciudad y la gente es asesinada por las calles, decide enviarlo a Londres. Lo que no sabe Kostas es que Defne está embarazada de un hijo que, primero, dará en adopción a una pareja de ingleses y que, poco después, morirá por la picadura de un mosquito de la malaria.

«Una semana después de su llegada, Kostas oyó las impactantes noticias: las fuer-

zas militares, respaldadas por la junta griega, habían derrocado al arzobispo Makarios; habían estallado tiroteos entre los partidarios de Makarios y el presidente de facto, Nikos Sampson, designado por los líderes golpistas. Kostas y su tío se enfrascaron en la lectura de todos los periódicos, conmocionados al saber que “los cadáveres plagaban las calles y había entierros masivos”. Apenas dormía de noche y, cada vez que conciliaba el sueño, se sumía en sueños inquietantes.

Después siguieron hechos todavía más impensables: cinco días después de que el arzobispo Makarios fuese derrocado, tropas turcas fuertemente armadas aterrizaron en Kirenia; trescientos tanques y cuarenta mil soldados avanzaron sin tregua hacia el interior de la isla. Los aldeanos griegos que se encontraron en su camino se vieron obligados a correr hacia el sur buscando seguridad, dejándolo todo atrás. En medio de la vorágine del caos y la guerra, el régimen militar de Atenas cayó. Llegaron noticias sobre enfrentamientos entre buques de guerra turcos y buques de guerra griegos cerca de Pafos. Pero los combates más letales tuvieron lugar en la capital, Nicosia, y en los alrededores».

El libro avanza paralelamente en tres tiempos distintos. Mientras vamos conociendo los detalles de la historia de amor de Kostas y Defne en el Chipre de los años setenta, Ada, su hija adolescente, sufre la pérdida de su madre y se pregunta por esa identidad escindida que ha marcado su vida. ¿De dónde viene ella? ¿Cómo se conocieron sus padres? ¿Por qué su madre quiso dejarse morir? ¿Por qué su padre pa-

rece estar más feliz hablando con las plantas de su jardín, con ese estúpido árbol, que con ella?

«No importaba la hora del día que fuese: su padre parecía preferir la compañía de los árboles a la compañía de los humanos. Él siempre había sido así, pero cuando la madre de Ada vivía, había sido capaz de atemperar las excentricidades de él, posiblemente porque también ella tenía sus propias peculiaridades. Desde que había muerto, Ada había tenido la sensación de que su padre se había distanciado de ella, o quizá fuese ella la que se había estado distanciando de él; era difícil decir quién evitaba a quién en una casa sumida en las miasmas del duelo.»

Y, en mitad de esa historia de familia, la voz de la higuera crece entre las páginas como fluyen las aguas de un río: clara, hermosa, honesta. La higuera nos habla de Kostas, de Ada, cuenta la historia de Chipre y también la historia de la vida de las plantas y de los insectos y su conexión con el mundo. Es uno de los grandes logros de esta novela cómo Elif Shafak da voz a un árbol para que narre todo aquello que las personas son incapaces de verbalizar, los secretos, los olores, los más pequeños detalles, lo que pasa desapercibido ante nuestros ojos.

«Me dije que si todo salía según lo planeado, solo estaría enterrada tres meses, quizá incluso menos. Cuando los narcisos florecieran a lo largo de los senderos y los jacintos silvestres alfombrasen los bosques y toda la naturaleza estuviese animada de nuevo, sería desenterrada; erguida y

despabilada. Pero, por mucho que lo intentase, no podía aferrarme a aquel ápice de esperanza mientras el invierno, feroz e implacable, parecía haber llegado para quedarse. De todas formas, nunca se me había dado bien el optimismo. Debe de estar en mi ADN. Desciendo de un largo linaje de pesimistas. Así que hice lo que suelo hacer: empecé a imaginarme todas las maneras en que podían salir mal las cosas. ¿Y si ese año no llegaba la primavera y tenía que seguir debajo de la tierra... para siempre? ¿O y si la primavera hacía su aparición por fin, pero Kostas Kazantzakis se olvidaba de desenterrarme?»

Cuando Kostas vuelve a Chipre dieciséis años después, necesita recuperar a Defne y recomponer el puzzle de su identidad. Nicosia es ahora una ciudad distinta, hay nuevas construcciones, ya no hay división entre turcos ni griegos, sino isleños. Defne trabaja como arqueóloga buscando a los desaparecidos, en concreto, se está dejando la piel para encontrar a aquellos dos hombres, Yusuf y Yiorgos, que tanto los ayudaron en los primeros tiempos de su romance. El reencuentro aviva los rescoldos de su amor. Vuelven a estar juntos y deciden irse a vivir a Londres y llevarse consigo lo poco que queda de aquella higuera feliz que ha sido testigo de tanto amor y tanta violencia.

«Los lugares donde nacemos», dice la higuera, «conforman nuestras vidas, incluso cuando estamos lejos de ellos» (p. 49). Y así será para esta familia que tendrá que recomponer su historia rompiendo los silencios que guardan la memoria de un país entero.

EXTRACTOS POR TEMAS

UN AMOR REVOLUCIONARIO

Se besaron, esta vez durante más rato, buscándose el uno al otro con urgencia, como si temieran caer. Sin embargo, también había timidez en sus movimientos, aunque cada caricia, cada susurro los iba enterneciendo más. Porque el cuerpo de un amante es una tierra sin fronteras. Eso no se descubre enseguida, sino un paso ansioso tras otro, perdiendo el camino, perdiendo el sentido, pisando sus valles soleados y sus campos ondulados, encontrándolo cálido y acogedor, y luego topándose con cavernas invisibles e inesperadas, ocultas en rincones tranquilos, donde uno tropieza y se corta.

Kostas abrazó a Defne y apoyó la mejilla contra su cabeza. Defne apretó la cara contra su cuello. Los dos eran conscientes de que, por muy improbable que fuese a una hora tan tardía, alguien podía verlos e informar a sus familias. Una isla, grande o pequeña, estaba llena de ojos que observaban detrás de todas las ventanas enrejadas, de todas las grietas de

los muros y mediante todos los busardos colirrojos que ascendían muy alto en el viento: una mirada fija imperturbable, de ave rapaz.

Cogidos de la mano, con cuidado de permanecer en las sombras, pasearon, sin prisa por llegar a ninguna parte. Había refrescado un poco. Ella temblaba dentro de su fina blusa. Él le ofreció su chaqueta, pero Defne la rechazó. Cuando Kostas insistió, ella se enfadó, porque no quería que la tratase como si fuese más débil que él. Era así de cabezota.

Él tenía diecisiete; ella, dieciocho. [p. 103]

No te enamoras en mitad de una guerra civil, cuando te asedian las masacres y el odio por todas partes. Huyes, tan rápido como tus piernas puedan cargar con tus miedos, buscando la más básica de las supervivencias y nada más. Con alas prestadas subes al cielo y te elevas hacia la lejanía. Y si no te puedes ir, entonces buscas refugio, encuentras un lugar seguro donde encerrarte en ti mismo porque

ahora que todo lo demás ha fracasado, todas las negociaciones diplomáticas y consultas políticas, sabes que solo queda el ojo por ojo, diente por diente, y no estás seguro en ninguna parte fuera de tu propia tribu.

El amor es la afirmación descarada de la esperanza. No te abrazas a la esperanza cuando la muerte y la destrucción están al mando. No te pones tu mejor vestido y te prendes una flor en el pelo cuando te rodean ruinas y cascotes. No entregas tu corazón en un momento en que se supone que los corazones tienen que permanecer sellados, sobre todo para los que no creen en tu religión, ni hablan tu idioma, ni son de tu sangre.

No te enamoras en Chipre en el verano de 1974. No allí, no en aquel momento. Y sin embargo, allí estaban los dos. [p. 209]

LA MEMORIA INTRAFAMILIAR, LA IDENTIDAD DE ADA

—El trimestre que viene estudiaremos la emigración y el cambio generacional. Es un proyecto bonito y divertido antes de ponernos a trabajar en serio y de que sigamos con el repaso de cara a los exámenes para el certificado de secundaria. Para ir preparándolo, quiero que durante las vacaciones entrevistéis a alguna persona anciana de vuestra familia. Lo ideal serían vuestros abuelos, pero puede ser cualquier otro miembro de la familia. Preguntadles cómo eran las cosas cuando eran jóvenes y presentadme una redacción de entre cuatro y cinco páginas.

Un coro de suspiros de infelicidad se propagó por toda la clase.

—Aseguraos de sustentar vuestra redacción con hechos históricos —dijo la señora Walcott, ignorando la reacción—. Quiero ver una investigación bien hecha, corroborada con pruebas, nada de especulaciones. [p. 23]

Si su familia seguía siendo un misterio, Chipre era otro aún mayor. Había visto fotos en internet, pero no había viajado ni una sola vez al lugar al que debía su nombre.

En el idioma de su madre, su nombre significaba «isla». Cuando era más pequeña, había asumido que era una referencia a Gran Bretaña, la única isla que había conocido, pero más adelante se enteró de que, de hecho, era por otra isla muy lejana, y de que la llamaron así porque había sido concebida allí. Aquel descubrimiento la había dejado confusa, por no decir incómoda. Primero, porque le recordaba que sus padres habían mantenido relaciones sexuales, algo en lo que jamás quería pensar; segundo, porque la ataba, de forma inevitable, a un lugar que hasta entonces solo había existido en su imaginación. Desde entonces había añadido su propio nombre a la colección de palabras no inglesas que se guardaba para sí, palabras que, si bien curiosas y pintorescas, sentía todavía lo bastante distantes y desconocidas para que siguieran resultándole incomprensibles, como piedrecitas perfectas que se recogen en la playa y se llevan a casa, pero con las que después no se sabe qué hacer. A esas alturas, ya tenía bastantes de aquellas. También algunos modismos. Y cancio-

nes, alegres melodías. Pero eso era más o menos todo. Sus padres no le habían enseñado sus lenguas maternas, habían preferido comunicarse en casa exclusivamente en inglés. Ada no sabía hablar ni el griego de su padre ni el turco de su madre. [p. 24]

LA MEMORIA HISTÓRICA DE CHIPRE, ESPAÑA Y LATINOAMÉRICA, UNA HISTORIA DE DESAPARECIDOS

—Nuestro trabajo es encontrar a los desaparecidos para que las familias puedan dar a sus seres queridos un entierro digno.

Kostas asintió, mientras meditaba en sus palabras

—¿Crees que puede haber otras tumbas por aquí?

—Es posible. A veces buscas durante semanas enteras y no consigues nada. Es frustrante. Algunos de los informantes no se acuerdan bien de los detalles, otros nos marean de forma deliberada. Buscas víctimas, te encuentras con huesos medievales, romanos, helenos. O fósiles prehistóricos. ¿Sabías que había hipopótamos pigmeos en Chipre? ¡Elefantes pigmeos! Entonces, justo cuando crees que no vas a ningún lado, encuentras fosas comunes.

Kostas miró alrededor, asimilando el entorno: la hierba teñida de oro bajo el sol, los pinos con sus copas en forma de cúpula. Se quedó mirando lo más lejos que pudo, hasta donde era capaz de ver, como si intentase acordarse de las cosas de las que se había separado.

—Y los desaparecidos que habéis encontrado aquí, ¿eran griegos o turcos? —preguntó con cautela.

—Eran isleños —dijo ella, y su voz en aquel momento sonó cortante—. Isleños, como nosotros.

Al oír eso, David intervino.

—Esa es la cosa, amigo mío. No lo sabes hasta que envías los huesos a un laboratorio y te mandan un informe. Cuando sostienes un cráneo entre las manos, ¿puedes decir si es cristiano o musulmán? Todo ese derramamiento de sangre, ¿para qué? Estúpidas, estúpidas guerras. [p. 257]

LA VOZ DE LA HIGUERA, LA VOZ DE DEFNE

Los inmigrantes de primera generación les hablan a sus árboles todo el tiempo; es decir, cuando no hay nadie cerca. Se confían a nosotros, nos describen sus sueños y aspiraciones, también a quienes dejaron atrás, como mechones de lana que se quedan enganchados en los alambres de espino al cruzar las cercas. Pero la mayoría de las veces disfrutan de nuestra compañía sin más, nos hablan como si fuésemos sus viejos amigos a los que echaban de menos desde hace mucho tiempo. Son bondadosos y delicados con las plantas, sobre todo con aquellas que trajeron consigo desde sus perdidas tierras natales. Saben, en lo profundo de su ser, que cuando salvas a una higuera de la tormenta, lo que estás salvando es el recuerdo de alguien. [p. 38]

Si, como se dice, las familias se parecen a los árboles, esas estructuras arborescentes con raíces enredadas y ramas individuales que sobresalen en ángulos extraños, los traumas familiares son como la resina espesa, traslúcida, que gotea desde un tajo en la corteza. Se infiltran de generación en generación.

Rezuman con lentitud, con un flujo tan leve que resulta imperceptible, y avanzan a través del tiempo y el espacio hasta que encuentran una grieta donde asentarse y coagularse. El recorrido de un trauma heredado es arbitrario; nunca se sabe quién puede contraerlo, pero a alguien le tocará. Entre los niños que crecen bajo el mismo techo, a algunos los afecta más que a otros. ¿Habéis conocido alguna vez a dos hermanos que hayan tenido más o menos las mismas oportunidades y sin embargo uno sea más melancólico y dado a recluirse? Eso pasa. A veces el trauma familiar se salta una generación entera y redobra su poder en la siguiente. Os podéis encontrar con nietos que cargan en silencio con los dolores y sufrimientos de sus abuelos. [p. 163]

Las voces de nuestras tierras natales nunca dejan de resonar en nuestra mente: las llevamos con nosotros adondequiera que vayamos. Aun hoy, aquí en Londres, enterrada en esta tumba, aún oigo aquellos mismos sonidos y me despierto temblando como un sonámbulo que se da cuenta de que se ha aventurado de manera peligrosa en la noche.

En Chipre todas las criaturas, grandes y pequeñas, se expresan; todas menos las cigüeñas. Aunque la isla no está exactamente en sus rutas migratorias, de vez en cuando

unas cuantas cigüeñas solitarias se desvían de su trayectoria debido a las corrientes de aire, y pasan varios días allí antes de proseguir con su viaje. Son grandes, gráciles y, a diferencia de cualquier otro pájaro, incapaces de cantar. Pero los chipriotas os contarán que eso no siempre fue así. Hubo un tiempo en que estas aves zancudas de largas patas trinaban melodías cautivadoras sobre reinos lejanos y destinos desconocidos, seducían a su auditorio con historias de odiseas ultramarinas y aventuras heroicas. Los que las oían quedaban tan extasiados que se olvidaban de regar sus cosechas, esquilar sus ovejas, ordeñar sus vacas o de chismorrear a la sombra con sus vecinos, y, de noche, hasta se olvidaban de hacer el amor a la persona amada. ¿Para qué agotarse trabajando o meterse en chismorreos o entregarle a alguien tu corazón cuando lo único que querías era zarpar hacia orillas lejanas? La vida se detenía. Al final, irritada porque el orden de las cosas se hubiese interrumpido, Afrodita se entrometió, como siempre hace. Maldijo a todas las cigüeñas que sobrevolaran Chipre. A partir de entonces, estas aves guardaron silencio independientemente de lo que vieses u oyese allí abajo.

Leyendas, quizá, pero no les resto importancia.

Creo en las leyendas y los secretos no expresados que con cuidado intentan transmitir.

Aun así, no os creáis al pie de la letra lo que os he contado ni todo lo que quizá he omitido, porque tal vez no sea la narradora más imparcial. Tengo mis propios sesgos. Al fin y al cabo, nunca he sentido demasiada simpatía por los dioses y las diosas y sus hostilidades y rivalidades sin fin. [p. 421]

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *La isla del árbol perdido* es la nueva novela de Elif Shafak, ¿habéis leído algo de ella antes? ¿Qué os ha parecido la novela?
2. En la novela, está muy presente la historia más reciente de Chipre, ¿sabíais algo sobre este país antes de leer a Shafak? ¿Creéis que la literatura es un lugar donde se puede aprender historia?
3. ¿Qué os parece cómo está organizada la novela en tres espacios temporales: Londres en 2010, Chipre en 1974 y Chipre en el 2000?
4. ¿Qué pensáis de los personajes principales: Ada, Kostas, Defne y Meryem? ¿Cómo era la relación entre ellos?
5. ¿Qué pensáis de la higuera? ¿Qué os parece que su voz sea una de las narradoras de la historia?
6. ¿Creéis que hay algo de autobiográfico que tiene que ver con la autora y con su pasado?
7. ¿Qué papel ocupan la taberna de La Higuera Feliz y Yiorgos y Yusuf en la novela?
8. ¿Por qué creéis que Ada explota en el instituto? ¿Qué simboliza ese grito que no se acaba nunca?
9. ¿Cómo trata la autora el tema de la familia?

10. ¿Cómo es de importante la identidad? ¿Qué pensáis del personaje de Meryem?
11. ¿Qué impresión os provocó saber que Defne se quedó embarazada de Kostas y todo lo que pasó con ese bebé?
12. ¿Cuáles son los temas principales que aborda la novela? ¿Creéis que es una novela feminista?
13. ¿Qué protagonismo tiene la memoria histórica en la novela?
14. ¿Qué os parece el estilo que utiliza Elif Shafak en esta novela? ¿Cómo definiríais las distintas voces?
15. ¿A qué otros libros os recuerda? ¿Conocéis alguna otra novela donde trate la historia política de un país a través de una historia de amor y familia?

LA AUTORA



© Ray Tang / Rex Features 1103895z
Bravo Press

ELIF SHAFAK es una premiada escritora británico-turca con diecinueve libros publicados, doce de los cuales son novelas. Doctorada en Ciencias Políticas y en Humanidades, ha sido profesora en varias universidades internacionales, entre ellas la de Oxford, de la que es miembro honorífico. Gran defensora de los derechos de la mujer y LGBTQ+ y la libertad de expresión, fue cofundadora del Consejo Europeo de Relaciones Exteriores y colabora con publicaciones de gran tirada de toda Europa. Ha recibido la medalla Chevalier de l'Ordre des Arts et des Lettres, y en 2017 Politico la eligió como una de las doce personas «que os llenarán el corazón de una muy necesitada alegría». En 2021 fue una las cien mujeres más inspiradoras e influyentes

según la BBC, es vicepresidenta de la Real Sociedad de Literatura del Reino Unido y ha sido jurado de numerosos premios literarios, incluido el PEN Nabokov. Ganadora del Premio Internacional de Literatura Halldór Laxness, su obra ha sido traducida a cincuenta y cinco lenguas. Lumen ha publicado su exitosa novela *La bastarda de Estambul* (2009), *El fruto del honor* (2012), *El arquitecto del universo* (2015), *Las tres pasiones* (2016) y, en 2020, *Mis últimos 10 minutos y 38 segundos en este extraño mundo*, finalista del Premio Booker y del Premio Ondaatje y Libro del Año de Blackwell. Su última novela, *La isla del árbol perdido*, ha sido finalista del Premio Costa Book y va a ser publicada en veinticuatro países.

Lumen

LA CRÍTICA HA DICHO

SOBRE *LA ISLA DEL ÁRBOL PERDIDO*:

«Haciendo gala de un generoso despliegue de geografía novelística —tanto en un sentido espacial como temporal—, Shafak explora, a través del diálogo entre dos historias concomitantes, las huellas de un exilio no-sufrido, de un exilio dado por nacimiento, al tiempo que se adentra en las peculiaridades identitarias y culturales de los pueblos griego y turco en un territorio mezclado por la colisión entre ambos: la isla de Chipre.»

Zenda

«*La isla del árbol perdido* despliega ternura y humor. Su lectura me produjo un intenso placer».

Siri Hustvedt

«Una novela mágica y maravillosa».

William Boyd

«Una hermosa novela sobre la isla de Chipre y sus habitantes, heridos y llenos de cicatrices, que nos enseña que solo el amor puede curar lo que está roto».

Berhard Schlink

«Leí *La isla del árbol perdido* en dos sentadas, atraído y atrapado por esta extraña y hermosa historia en la que voces tanto humanas como arbóreas se ramifican y se entrelazan entre sí. [...] Shafak ha escrito una novela brillante y estoy seguro de que emocionará a muchos lectores de todo el mundo, tal y como hizo conmigo».

Robert Macfarlane, autor de *Underland*

«Una historia de amor terriblemente tierna. [...] Un libro que te transforma».

Naomi Klein

«Una historia mágica sobre la naturaleza, la humanidad y el amor. [...] Preciosa».

Time

«¡Qué extraordinaria lectura! Este libro me hizo llorar. Poderosa y conmovedora».

Reese Witherspoon

«Una estupenda lección a las historias antropocéntricas. [...] Una novela extraordinaria sobre el dolor, el amor y la memoria».

Literary Review

«A través de la voz de una sabia higuera, Shafak explora el amor, el dolor, la guerra y el trauma transgeneracional».

The Observer

«Un himno a la belleza y a Chipre: [...] una obra llena de colores y pasión».

INews

«Con su estilo mágico, [...] Shafak no retrocede ante la violencia, pero rescata la ternura, incluso la alegría, de la historia del siglo XX».

The Economist

«Una novela inteligente sobre amor y dolor, raíces y ramas, desplazamiento y hogar, fe y creencia: un bálsamo para estos tiempos fracturados».

David Mitchell, autor de *Utopia Avenue*

«Una obra maestra mágica, una ardiente historia de amor, pérdida y redención a través de tiempos y mares. Este libro penetrará en tu imaginación y te hechizará el alma. [...] Elif Shafak lo ha vuelto a hacer: esta brillante novela sobre los secretos del corazón, la historia de Chipre y la belleza de la memoria está llena de milagros. ¡Dadle el premio Nobel ya!»

Kate Williams

